

Al-Sustari, el juglar del amor

Francisco de Olaya



EL VIAJERO HISTÓRICO

El legado andalusí



Según nos relata Emilio Galindo Aguilar, al-Sustari, místico sufi de comienzos del siglo XIII, es un modelo extraordinario de seguimiento a Dios y figura clave de sufismo andalusí; fue un verdadero “juglar del amor” que recorrió los pueblos de al-Andalus y del Mediterráneo sur cantando el amor de Dios en el dialecto popu-

suscitando en los hombres “las hambres radicales y las ganas humildes y sinceras de sus frutos”. Y tal ocurrió, tanto en el Cristianismo como en el Islam y el Judaísmo, en todo el siglo XIII, en el que nace nuestro “juglar del amor”, Abu Hasan al-Sustari (1212-1269), sin duda el hombre más célebre del sufismo andalusí, después de Ibn Arabí.

Durante este siglo podemos recordar a esos gigantes espirituales, hombres hambrientos de Dios: Francisco de Asís (1182-1216); Ibn Arabí (1165-1204), murciano universal, el más fecundo de los autores sufíes; Maimónides (1135-1204), cordobés, el más importante filósofo y gran maestro espiritual de la Edad Media; Alberto Magno (1206-1280), el doctor universal conciliador de la creencia divina con la sabiduría humana; Buenaventura (1221-1274), síntesis de santidad y doctrina; Ibn Sábín (1217-1271) iniciador de los caminos místicos que siguieron numerosos discípulos, entre ellos nuestro al-Sustari, que popularizaron sus doctrinas; Tomás de Aquino (1225-1274), el “Doctor Angélico” y Yunus Emre (1238-1320), otro de los más grandes místicos del Islam y el mayor poeta en lengua turca; Raimundo Llullio (1234-1325) el “Doctor Iluminado” y una de las personalidades más representativas de la Edad Media; San Francisco de Asís (1182-1226), el más parecido a nuestro al-Sustari tanto por su conversión como por su vacación de pobreza. Podríamos hacer un estudio comparativo de estos dos hombres tan cercanos en el tiempo y en el espíritu, pobres los dos y entregados al Amigo de Dios, sin condiciones, con una libertad tan libre y limpia como fue limpia y libre la entrega de ambos a Dios. Nuestro sufi, de emir, e hijo de emires, se convirtió en pobre e hijo de pobres.

Curiosos también cómo ambos, tan pobres y sin importancia para los valores que regían a los hombres de su misma época, han marcado y han dejado una huella profunda en la me-

Fue un verdadero
“juglar del amor”
que recorrió los
pueblos de al-Andalus
y del Mediterráneo sur
cantando el amor
de Dios en el
dialecto popular
por mercados, tabernas
y plazas

lar por mercados, tabernas y plazas a pecadores públicos, a mujeres de “pequeña” virtud, a los desheredados de la vida.

Hay épocas en que el espíritu, en un impulso callado, se hace presente en la historia



“ Como Francisco de Asís,
al-Sustari tuvo una
influencia sobre los
hombres cultos y el pueblo
sencillo a lo largo de los siglos,
tanto en el mundo
musulmán como en el
cristiano”

moria de los hombres de su tiempo y hasta hoy. Como Francisco de Asís, al-Sustari tuvo una influencia sobre los hombres cultos y el pueblo sencillo a lo largo de los siglos, tanto en el mundo musulmán como en el cristiano.

¡Qué gran siglo!: el maestro Mateo daba su últimos golpes de cincel al pórtico de la Gloria de Gloria de la catedral de Santiago de Compostela (1226); la Escuela de Traductores de Toledo se creaba (1251); los alarifes andalusíes comenzaban a hacer filigranas en la Alhambra de Granada (1237); Alfonso X el Sabio escribía en gallego las cantigas a Santa María (1257); en el IV Concilio de Letrán, (1215) surgían las órdenes mendicantes; franciscanos y dominicos iniciaban un nuevo estilo de vida...

En medio de este extraordinario bullir de “savias” intelectuales y espirituales nace al-Sustari en el año 1212. Este nombre no significa, sin embargo, que fuese originario de la ciudad persa de Sustar y que era bien conocida por los andalusíes gracias a sus tejidos de seda y sus famosos *tiraz*, llamados *tustari*. Según Ibn Luyun (1282-1349) nacido en Almería, botánico, cronista, poeta y sufí al final de su vida, el nombre de al-Sustari provenía del hecho de que nació en el barrio de Zuqaq as-Sustari de Guadix (Granada) hoy actual Exfiliana, así llamado a causa de la gran colonia de emigrados persas que allí vivían y que eran originarios de Sustar (Susiana, en el Judistan actual).

Al-Sustari no pertenecía a una familia de tradición culta pero se trataba de una familia pudiente, alguno de cuyos miembros eran probablemente autoridades regionales.

Siguiendo las costumbres de los hijos de las familias pudientes, sus padres le dan una seria formación de la cultura y la literatura árabes. Al-Sustari recibe la esmerada educación de los funcionarios andalusíes. Estudia jurisprudencia y disciplinas de la ley religiosa en las que debió descollar, pues, más tarde, después de su conversión y estando en Trípoli, maravilló a

Al-Sustari



doctores y gobernantes, que le propusieron la judicatura, que él no aceptó por estar inmerso en la aventura del amor divino, siendo tratado por estas autoridades por loco.

Al-Sustari compartió los gustos literarios de Ibn Quzman creador del nuevo estilo profano de la moaxaja y el zéjel. Se sabe muy poco de este extraordinario poeta, nacido en Córdoba en 1085. Lo conocemos a través de sus canciones como un gran bebedor, alguien que nunca andaba sobrado de dinero y pasó gran parte de su vida en una vergonzosa mendicidad callejera en la vega del Guadalquivir. Sin embargo, sus canciones, que hablan de esa situación, figuran entre las obras cumbres de nuestra literatura de todos los tiempos. Es el gran zejelero de la Edad Media.

En este ambiente cultural se formará y desarrollará la personalidad cultural y humana de al-Sustari, tomando los símbolos, las rimas y los temas de la poesía estrófica andalusí y los transportará a un clima espiritual de un frescor exquisito, fruto de su honda experiencia religiosa.

Fue, en efecto, a partir de su conversión a una vida de pobreza total, cuando al-Sustari comprende el simbolismo sustancial del tema del vino embriagador, encarnará y plasmará su auténtica inclinación hacia el amor y, sobre todo, ensalzará el tema de la renuncia al ansia de poseer que puede trocarse en un puro abandono al espíritu del amor, abogando por un voto de esencial pobreza que asocia al verdadero pobre con la "paternidad compartida con Dios". Todo ello en el contexto de la mística sufí.

La sociedad musulmana de al-Andalus, sintiéndose cada vez más acorralada a consecuencias de la derrota de las Navas de Tolosa, vivió en cierto modo en una época de "ansiedad" ante el final que se avecinaba, aunque después, las circunstancias prolongasen

Al-Sustari nació en el barrio de Zuqaq as-Sustari de Guadix (Granada), hoy actual Exfiliana, así llamado



Al-Sustari nació en el barrio de Zuqaq as-Sustari de Guadix



ese final más de los esperado. Ansiedad que crea un nuevo clima espiritual que espolea a los más "despiertos" a buscar, alcanzar la paz interior y dar con los caminos que conducen a ella. Una de las corrientes más importantes en ese momento eran las cofradías religiosas

que florecieron en al-Andalus y el Maghreb. Esta sociedad encuentra en estas cofradías un refugio y hasta un consuelo. Aunque para otros, esa ansiedad fue también un motivo de evasión, de búsqueda del bienestar y deleite mundano. Sin embargo, el espíritu inquieto de al-

llamado a causa de la gran colonia de emigrados persas que allí vivían y



que eran originarios de Sustar (Susiana, en el Judistán ac-

Su primer viaje de búsqueda le lleva a Bujía, pequeña ciudad costera al norte de Argelia, y centro de cenobios y de escuelas sufíes, donde se encuentra en 1248 con el murciano Ibn Sabin, hombre culto, inteligente, erudito y gran maestro sufí, que le lanza un desafío:

“Si quieres el paraíso, vete con Abu Madyan, pero si quieres al Dios del paraíso vente conmigo”



Sustari no acababa de encontrarse a gusto en ese mundo de apariencias y posesiones en el que se desenvolvió durante un tiempo, ya que llegó a dedicarse al comercio, desplazándose de pueblo en pueblo en busca de mercados, no sólo en al-Andalus, sino también en el Maghreb. A pesar de todo, ese trabajo y ese ambiente no llenarían su vida, por lo que decidió realizar una serie de viajes a los centros sufíes del Maghreb buscando "ese algo" que sentía que le faltaba.

Su primer viaje de búsqueda le lleva a Bujía, pequeña ciudad costera al norte de Argelia, y centro de cenobios y de escuelas sufíes. En este su primer viaje entra en contacto con Ibn Suraya (1264) que ejerció una profunda influencia sobre el pensamiento iraní y el resto del mundo musulmán. Aparte de encontrar una cierta tranquilidad espiritual a raíz de ese encuentro, al-Sustari comienza a tomar conciencia de que se encuentra ante un largo y definitivo camino, un camino sin retorno. El impacto fue determinante, por eso, poco después de abandonar Bugia, inicia un segundo viaje a esta ciudad para estudiar más a fondo las vías sufíes. Pero esta vez no se dirige al círculo sufí de Ibn Suraya, sino al círculo del sevillano Abu Madyan, maestro espiritual, célebre tanto en Oriente como en Occidente, así como en los círculos espirituales sunníes y sufíes. Este contacto influirá determinadamente en nuestro granadino que le impulsa a una ruptura de vida y de familia y de abandonar sus preocupaciones mundanas y comerciales.

Las cosas no hubiesen ido más lejos de no haberse encontrado en Bugia, en 1248, con

el murciano Ibn Sabin, hombre culto, inteligente, erudito y gran maestro sufí. Fue un encuentro de esos que marcan definitivamente la vida. Cuentan que cuando al-Sustari terminó la conversación con el murciano, y se disponía a retirarse, éste le preguntó a dónde se dirigía. Al contestarle que iba a ver a los adeptos de

Abu Madyan, Ibn Sabin le lanzó el siguiente desafío: "Si quieres el paraíso, vete con Abu Madyan, pero si quieres al Dios del paraíso vente conmigo".

Superado el dilema que le planteó Ibn Sabin, median-

te la opción fundamental y sin condiciones por el Dios vivo, al-Sustari siente en su interior una luz irresistible que le quema su esencia y que ilumina todos sus caminos, todo su Camino.

Con todo, al-Sustari siente la necesidad de seguir ahondando esa "seguridad esencial", no sólo experiencialmente sino también racionalmente, estudiando las vías que llevan a la *fidelidad*. Para ello continuará recurriendo a la enseñanza de Ibn Sabin. Al-Sustari hizo suya la filosofía helénica de Ibn Sabin; Dios es la causa primera de la que proceden todas las cosas; los efectos producidos por Dios son necesarios mientras que los producidos por las criaturas son posibles. Dios es el ser primero y Causa primera de todas las cosas (filosofía popular neoplatónica de la emanación).

Por eso, al-Sustari recurrirá como todos los que han tenido esa experiencia de lo divino, al lenguaje que sugiere pero no define, plasmando, con rara maestría, en los zéjeles y moaxajas, su experiencia mística y los caminos para llegar a ella.

Cargado de experiencia e inspirado en la eficacia de su sugestivo método, al-Sustari sabe

Rumi había proclamado
sin titubear que: **El
que experimenta
sabe**



llevar su mensaje a todos, particularmente a la gente sencilla. Emprende una incansable andadura. A partir de ese momento recorrerá todos los caminos, y va de un lugar a otro, unas veces con su maestro Ibn Sabin, otras, a solas, y otras con un grupo de discípulos. Con frecuencia se le veía repitiendo y cantando sus zéjeles del amor divino por plazas y mercados llevando en la mano un instrumento musical (el *bandir*, especie de pandero) mientras le seguían al tiempo que repetían sus cantares algún grupo de sufíes.

Al-Sustari no llevaba a la gente un mensaje filosófico ni enseñaba una doctrina susceptible de levantar sospechas entre los guardianes de la ortodoxia. Él gritaba una experiencia de Amor que, en todo caso, sólo podría criticar y condenar los que hubiesen estado imbuidos de ella. Rumi había proclamado sin titubear que: "el que experimenta sabe". Por eso, con un deje de ternura, más allá de las doctrinas y saberes, al-Sustari dirá:

*¡Ay, alfaquí!
Si tú lo degustaras...
Déjame beber, que nada
Sabes tú de la bebida*

De ahí que la persecución inevitable que tuvo que soportar de los Maestros de la Ley no le alcanzó o por lo menos no fue para él el "drama rojo" que caracterizó la vida de otros sufíes.

Al-Sustari elude, con el tema del Amor divino y el estilo poético que utiliza, dar pie para una persecución sangrienta como la que padeció al-Hallay: Lo suyo, el Vino del Amor, la honda amistad con el Amigo, iba ciertamente por otros caminos; el terreno de la ortodoxia son las ideas, no la vida privada.

Sin embargo, su maestro Ibn Sabin chocó con la esclerotizada ortodoxia, cayendo en desgracia a los ojos del maestro tradicionalista al-Qastalani. La influencia de este hizo que le expulsasen de Egipto marchando a La Meca en donde se estableció. Esta excursión hizo que los



“Raimundo Lulio refiere que él mismo escuchó versos cantados por al-Sustari y sus discípulos”



discípulos de Ibn Sabin quedaran desamparados y solos. Fue entonces cuando al-Sustari tuvo que hacerse cargo de ellos y de su dirección espiritual durante un tiempo. Los discípulos e Ibn Sabin preferían la doctrina de al-Sustari por su estilo dulce y libre. Pero al-Sustari sentía como una herida incurable la distancia de su maestro exiliado. Al-Sustari se decide por fin a hacer la verdadera peregrinación a La Meca en donde tiene la inmensa alegría de encontrarse con su venerado maestro Ibn Sabin.

En 1252 al-Sustari se dirige a Siria y desde allí se desplaza con sus devotos adeptos entre el desierto de Siria y el delta del Nilo. En esos desplazamientos tiene la oportunidad de relacionarse con los monasterios cristianos. De hecho, sus estrofas están llenas de alusiones a sus visitas a los conventos, donde entabla conversaciones con los monjes y clérigos, y a sus cánticos y liturgias.

Sabemos del polígrafo granadino Ibn al-Jatib (Loja 1313-1374), el mayor historiador de

Granada y el literato más importante de su época, que compuso versos al estilo de los sufíes imitando a al-Sustari. De igual modo, Ibn Abbad de Ronda (1332-1390), antecesor literario de San Juan de la Cruz y gran maestro sufí, recomienda vivamente a los sufíes de Marruecos la lectura de las composiciones *zejeleras* de al-Sustari en árabe dialectal, e incluso les sugiere que canten dichos textos y que recopilen cuantos puedan por su interés para avanzar en el camino sufí. Tanto que el Dr. Alí el-Nashae ha podido afirmar que el “zéjel místico” creado por al-Sustari se ha convertido en el máximo instrumento del que vienen disponiendo los sufíes marroquíes hasta nuestros días. Incluso en Túnez, hoy día, las cofradías sufíes, para acompañar la entonación de las poesías de sus ceremonias de *dikr* usan un instrumento musical llamado *sustariya*, derivado y en memoria de al-Sustari. El zéjel –composición estrófica en árabe clásico de creación andalusí– consta de una parte característica que se concentra en el estribillo final, que se llama *jarcha*. La *jarcha* no puede utilizar la misma lengua que el resto de la composición, teniendo que ir en árabe no clásico: romance, árabe dialectal o una mezcla de ambos.

Raimundo Lulio refiere que él mismo escuchó versos cantados por al-Sustari y sus discípulos, y, queriéndolos imitar, escogió como modelo al propio al-Sustari. Así utilizó una de las *jarchas* del poema “¿Qué se me da de la gente, y a la gente qué se le da de mí?”.

Y otro tanto ocurre en el resto de los países musulmanes, tanto del Maghreb como de Oriente y hasta en Java, Sumatra y demás territorios malayos. Las cofradías religiosas de esos países han conservado y difundido los poemas de al-Sustari en sus sesiones místicas. Cómo no recordar aquí, por ejemplo, la cofradía al-Sustariyya de Marruecos, que recoge el espíritu sufí y estas prácticas desco-



nocidas en el mundo occidental, junto con los poemas embriagadores de al-Sustari, que ofrecen su belleza, con la que es fácil que sintonicen la sensibilidad y religiosidad del ser humano universal.

Vuelta a Damietta, al-Sustari cae enfermo, presintiendo su vuelta definitiva y total al Amigo, pregunta a su discípulo el nombre del lugar y cuando le dicen que es "al Tina" (el barro) pronuncia su célebre frase con aire de total esperanza: "Mi barro aspira a Tina" haciendo alusión a un versículo del Corán en el que se establece la correlación entre la arcilla y la vida humana. De ella nace y en ella toma su descanso final.

Y recomienda que le entierren en un cementerio de Damietta. Los pobres, sus discípulos, llevaron su cadáver a hombros hasta allí. Era el año 1269.

Poemas de al-Sustari

"¿Cómo va a entender un *alfaquí* de algo que está más allá de la religión y de la ley?". Sabedor por experiencia de este inevitable conflicto y con un cierto aire burlón, al-Sustari lleva el hecho del Vino embriagador, de la experiencia divina a la consulta del *alfaquí* (experto en legislación y jurisprudencia islámica) que sólo depende de la letra de la ley para responderle:

*Declara el alfaquí: del fermentado
producto de la vid embriagador
consideramos el consumo ilícito,
beberlo está prohibido, con certeza,
y a ello añádase cuanto es dudoso.*

*¡Ay, alfaquí! Si tú no lo degustaras
y en el retiro dichas armonías
de sonos melodiosos escucharas,
la muerte esperarías de buen grado
y ansiando la partida vivirías.*



“¿Cómo va a entender un *alfaquí* de algo que está más allá de la religión y de la ley?”

“Por eso, pese a las amenazas, es imposible hacer callar al que saborea este vino, al que tiene esta experiencia, como le ocurrió al gran Hallay, ese gran místico que, por proclamar su experiencia, murió crucificado”:

*Al buen Hallay el gusto de la unión
Se dio a probar y dijo así: “Yo soy
aquel a quien ningún concepto encierra”.
“Reniega de los dicho” —le increparon—
“No —respondió—... pues todo aquel que gusta
del vino que bebí proclamarlo precisa”*

“No sólo este vino y esa embriaguez no son ilícitos, sino que lo ilícito es dejarlo de beber. Más aún, beberlo con esa embriaguez es como hacer revivir por dentro los gestos religiosos prescritos, como las diferentes ceremonias de la peregrinación a La Meca, volver a adorar “con espíritu y verdad”:

*¡Qué grato es en los retiros beber el vino añejo!
¡Escancia, amigo mío!
¡Rebose a cada instante nuestro vaso!
es este un vino que no es ilícito dejar
sin falta o sombra de sospecha.
En los tiempos, antes ya de Adán,
Tomó solera el generoso vino
Que es, por su origen bendición del cielo.
Prepara tu dictamen, alfaquí,
Tú que las leyes estudiaste y dime:
¿Es lícito beberlo en Arafat,
al realizar la peregrinación?
¿Permítese girar en torno a él,
aferrarse por él en la carrera,
por el apresurarse en acudir
a la reunión de Mina, y, en su nombre
las piedras rituales arrojar?*

Francisco de Olaya